



LA SANTIDAD Y EL MUNDO SEGÚN SAN IGNACIO

3ª Exposición de la Mesa Redonda del XII EFCSM 2017

D. Nicolas Faguer

Nicolas Faguer, nacido en Florencia, estudió Literatura y Filosofía en la Sorbona de París, donde presentó su tesis doctoral de Literatura comparada sobre la lectura balthasariana de Péguy. Tras haberse dedicado unos años a la traducción y la edición, actualmente es profesor de francés en un instituto de París y sigue colaborando con Ediciones San Juan de Francia.

© 2017. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

LA SANTIDAD Y EL MUNDO SEGÚN SAN IGNACIO

La pregunta a la que vamos a contestar en nuestra breve ponencia es la siguiente: ¿Cómo puede uno ser santo en el mundo? Sin duda la pregunta nace de una cierta oposición que casi inconscientemente hacemos entre los conceptos de santidad y de mundo. Si uno es santo, es que ha dejado al mundo. Y aquél que se ha quedado en el mundo, ya no puede ser santo. Juntar la santidad y la pertenencia al mundo parece, si no una contradicción, por lo menos un desafío enorme. Pues tenemos a menudo la idea de que profano y sagrado están cada uno por su cuenta. El presupuesto más o menos implícito, es que en el fondo Dios no está presente en todo el mundo, y que sólo lo encontramos en algunos pocos rincones sagrados, sea en el Santo Padre, en el convento, la parroquia, el grupo católico, etc. Pero fuera de esos espacios privilegiados, vemos el mundo como privado de Dios: vemos entonces un mundo ateo, sin Dios. Y entonces nos preguntamos: ¿Cómo puede uno ser santo en un entorno tan impío, en el que Dios esté tan ausente? La santidad nos parecerá algo inalcanzable fuera de los muros sagrados del ámbito eclesial: solamente unos pocos heroicos pueden lograr santificarse en ámbitos profanos. Pero para nosotros será sin duda imposible. Tal razonamiento nos enseña ya algo: la idea que nos hacemos del mundo conlleva naturalmente una idea de santidad. Si el mundo está vacío de Dios, entonces la santidad será una empresa desmesurada consistiendo en llevar a Dios allí donde no está. Pero, ¿son así las cosas?

Por lo menos no es así el modo cómo San Ignacio ve al mundo. Primero hay que decir que no existe nada que esté, en sentido estricto, fuera del mundo. Los conventos están en el mundo, la abuelita que nunca sale de casa también. Hasta los astronautas están en el mundo. Pues el mundo, para Ignacio, es la misma Creación. ¿Quién está fuera de ella? Segundo, no es tan evidente oponer mundo y santidad, como si el mundo no llevara ya, en sí mismo, algo de santidad. En unas páginas preciosas en *Gloria* sobre el Santo, el P. Balthasar nos cuenta la amplitud de la visión ignaciana del mundo: amplia como en Dionisio el Aeropagita, como en San Francisco. Ya como peregrino Ignacio solía quedarse a contemplar la inmensidad del cielo estrellado y, más tarde, en sus *Ejercicios*, acabará los treinta días de retiro con la famosa contemplación para alcanzar el amor, en la que ofrece al ejercitante contemplar cómo el Amor divino descende de arriba y llena todos los seres. Balthasar la define una “cuádruple contemplación de la inmanencia de Dios en todo ser creado” (*Gloria 5. Metafísica - Edad moderna*, edición alemana, Johannes Verlag, p. 461). Dios está presente “como el Creador, que por medio de todos los dones se ofrece como el Donador que se acerca” (*ibid.*); como quien “habita en las criaturas, en los elementos, dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender” (*Ejercicios Espirituales*, n. 235), siendo Él el ser, el sentir, el entender originario; como quien “trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra” (*Ejercicios Espirituales*, n. 236); finalmente como el sol de justicia, la fuente de todos los bienes materiales y espirituales, pues “todos los bienes descienden de arriba” (*Ejercicios Espirituales*, n. 237).

Así Ignacio ve el mundo como un recipiente que está continuamente recibiendo todo del Amor divino que descende en él. No lo ve como un espacio vacío, más bien como relleno. Dios ya está en el mundo. No somos nosotros los que lo llevamos ahí: Él nos precede. ¿Y el mal que está en el mundo? No quisiera ahora entrar en esa pregunta tan profunda: por el momento, indico sólo una

vía de respuesta que nos da el P. Balthasar: hasta en los hombres más malos encontraremos por lo menos la bondad de Dios que los hace existir. Lo que quisiera, sin embargo, es ir a la idea de santidad que conlleva la visión ignaciana del mundo: si el mundo es de verdad el lugar de recepción del amor divino, y nosotros, en cualquier lugar del mundo en el que vivamos, somos criaturas que viven de los dones divinos, entonces la santidad consistirá en acoger y responder a ese amor. La pregunta: ¿cómo puedo ser santo en el mundo? se convierte en: ¿cómo puedo acoger el amor y responder a ello? Recordemos que la principal línea de discernimiento para el cristiano, según el libro que leemos hoy *¿Quién es un cristiano?*, está en la capacidad o no de tener a Dios delante de sí, y no detrás de nuestras espaldas. Tener a Dios delante no es otra cosa que tener al Amor divino delante de sí e intentar contestarle.

Pero concretamente, ¿cómo vivir esa respuesta al Amor de Dios? Indicaré ahora tres puntos en la vida y en el pensamiento de San Ignacio, según los han subrayado el P. Balthasar y Adrienne von Speyr.

1. Lo primero, si se quiere evitar poner a Dios detrás de sí, es vivir en continua apertura frente a Él. P. Balthasar llama a esa actitud “indiferencia activa”: no sólo indiferencia, o sea apertura para acoger cualquier cosa, sino indiferencia activa, en cuanto se le pida al hombre buscar activamente la voluntad de Dios. Así leemos siempre en *Gloria*: “la voluntad específica de Dios, que debe ser empuñada y cumplida activamente, debe también ser buscada activamente” (p. 458). Si quisiéramos emplear alguna imagen, podríamos coger la del servidor frente a su Señor: el buen servidor no espera hasta que le llega alguna orden, sino que se adelanta para pedirle en todo momento a su Amo lo que tiene que hacer. Así, para resumir este primer punto, sólo puedo tener a Dios delante de mí si lo considero como mi Señor *hic et nunc* y me considero a mí mismo como su servidor activo. Si me hago siervo de Jesús (j).

2. Segundo, hay que considerarse a sí mismo no sólo siervo respecto a Dios, sino también su representante frente a los hombres. Aquí vale otra imagen, ya no la del siervo, sino la del caballero, del vasallo, del virrey. La del enviado que representa a su Soberano frente a los de fuera. Cito a Balthasar en *Gloria*: “El que sigue al Señor, el que se pone en plena indiferencia al servicio de la voluntad y de la tarea del Amo, sin por tanto dejar de ser un sujeto humano espontáneo y libre, es para sí y para los demás ya sólo el que lleva una tarea, el representante de su Señor, así como un virrey representa tanto mejor a su Rey cuanto más perfectamente pone sus fuerzas personales, intelectuales y creativas al servicio del pensar y querer de su Soberano. Permanece persona, pero ésta, en su conjunto, se vuelve transparente a la Persona que envía” (p. 459). Para entender esa unidad de libertad y servicio, de espontaneidad y representación, Balthasar hace un paralelo con Calderón y *El Gran Teatro del Mundo*. Allí también Dios da los papeles, y las almas que se salvan son las que mejor actúan, o sea, las que mejor representan su papel frente a otros en el escenario del mundo, mejor ponen su voluntad y todo su ser al servicio del guión escrito por el Autor. Ahora bien, en la vida no tenemos en la mano un guión ya escrito. Lo vamos descubriendo poco a poco gracias a la apertura que hemos mencionado en el punto primero. Así, abiertos, quedamos en actitud de obediencia amorosa hacia Dios. Pero, ¿no queda esa obediencia algo muy abstracto? ¿Cómo hacerla concreta? Para San Ignacio, fue la Virgen María quien le hizo concreta la obediencia.

3. Tercero, entonces, el papel de la Virgen María para permanecer viviendo frente a Dios. Me apoyaré aquí en las oraciones de San Ignacio según las enseña Adrienne von Speyr en *Primera Mirada*. Adrienne nos cuenta que “desde su conversión [Ignacio] estaba en estado de disponibilidad semejante a una pregunta” (p. 382). O sea, en esa indiferencia activa que hemos mencionado ya.

Ha tenido una visión de Nuestra Señora y, por su pasado de caballero, por su conocimiento y gusto por la tradición cortés, sabe lo que significa haber sido favorecido por su amada. “En su interior, dice Adrienne, establece ciertos paralelos entre la demostración de favor de una dama a la que se sirve y lo que significa cuando a uno se le aparece María” (p. 381). Entonces se pone frente a Ella como el caballero amante que va por el mundo a ganar batallas para llevar trofeos a la Dama que sirve. “Ve su propia obediencia a la Madre del Señor como un caballero obedece a su dama: libremente y de este modo conduce su vida de caballero. De alguna manera le lleva los trofeos a su dama.” (p. 382) En esta relación a la Madre, que Ignacio vive como obediencia, se le abre, de manera concreta, la obediencia al Hijo. “La obediencia nunca fue para él una teoría, sino desde el inicio algo bien concreto. Ahora la Madre representa para él el acceso nuevo y concreto al Hijo, como el Hijo lo es a la Trinidad” (p. 383). Le reza así: “María, Madre de Dios, te suplico, muéstrame el acceso a tu Hijo, mi Señor, para que pueda ir a Él y decirle que quiero servirle en todas las cosas. Que quiero ser un siervo para Él y cumplir todo trabajo que me confíe, en la alegría del siervo que sabe que su Señor cuenta con él” (p. 384).

Estas palabras resumen todo lo que hemos dicho hasta ahora: una visión del mundo que incluye “todas la cosas”, el deseo de “servir” y, por tanto, una oración que busca activamente la voluntad de Dios, la intención de cumplir “todo trabajo” y así ser enviado como representante en cualquier tarea de representación, la mediación de María, que actúa como “acceso al Hijo”, y finalmente todo eso culmina en algo que no hemos mencionado hasta ahora: la alegría, esa “alegría del siervo que sabe que su Señor cuenta con él.” Mi última palabra será desearnos unos a otros esta alegría que brota en el corazón del que sirve a su Señor estando unido a la Madre.